

El día 22 de febrero hice saber, en una sesión del Comité central, que la misión militar francesa se dirigía a mí ofreciéndonos la ayuda de Francia e Inglaterra para rechazar el ataque de Alemania. Yo me mostré partidario de que se aceptase la oferta, siempre y cuando, naturalmente, que se nos garantizase la absoluta independencia en punto a la política exterior. Bujarin estimaba que era inadmisibile cerrar ningún género de convenios con los imperialistas. Lenin apoyó resueltamente mi punto de vista, y la proposición fue aceptada en el Comité central por seis votos contra cinco. Me acuerdo de que Lenin dictó la resolución, que terminaba con las palabras siguientes: «... autorizar al camarada Trotsky para que acepte la ayuda que le brindan los bandidos imperialistas franceses contra los bandidos alemanes.» Lenin sentía gran predilección por las fórmulas que no dejaban lugar a dudas.

Al separarnos después de la sesión, Bujarin me dio alcance en aquellos largos pasillos del Smolny y me echó los brazos al cuello, gimiendo:

—¿Qué vamos a hacer?—decía—. ¡Vamos a convertir el partido en un montón de estiércol!

Bujarin es hombre que se echa a llorar con el menor pretexto y muy dado a las expresiones naturalistas. Pero esta vez la situación era realmente trágica. La revolución estaba entre la espada y la pared.

El día 3 de marzo, nuestra delegación suscribió el tratado de paz sin leerlo. La paz de Brest-Litovsk, tomándole en muchas de las ideas la delantera a Clemenceau, se parecía bastante a la soga del verdugo. El día 22 de marzo fue ratificada la paz por el Reichstag. Los socialdemócratas alemanes, al votar por este tratado, reconocieron de antemano los principios que en Versalles habían de aplicarse a su país. Los independientes votaron en contra: empezaban a describir ya aquella curva estéril que había de llevarles de nuevo al punto de partida.

En el séptimo congreso del partido, celebrado en marzo de 1918, tendiendo la mirada al camino recorrido, describí, de un modo claro y amplio, cuál había sido mi posición. «Si lo que deseábamos realmente no era más que obtener la paz más favorable posible—dije—, hubiéramos debido firmarla ya en noviembre. Entonces, nadie (fuera de Zinovief) votó en este sentido: todos éramos partidarios de hacer lo posible por llevar la revolución a los obreros alemanes, austro-húngaros y a la clase obrera de toda Europa. Pero las negociaciones que veníamos entablando con los alemanes no podían tener, naturalmente, sentido alguno para la revolución, a menos que pareciesen al mundo sinceras.